

los textos de la autora; la lata calidad de la traducción es inusual en alguien que no se dedica profesionalmente a ello; no inusual, pero igualmente alto, es el valor de las ilustraciones fotográficas.

La obra es la mayor selección publicada hasta ahora de figurillas mayas de las principales colecciones no privadas del mundo (6 norteamericanas y 6 mexicanas). Reúne piezas de los lugares más conocidos (aunque no los únicos) de su producción: Jaina (isla de Campeche), Jonuta (Tabasco, junto al río Usamacinta) y Palenque (Chiapas, frontera oeste del mundo maya); el primero es el más famoso por este tipo de piezas. Lamentablemente, en estas zonas no se han realizado excavaciones tendientes a mejorar el conocimiento del Clásico Temprano, cuyos entierros deben contener ofrendas que incluyan terracotas del tipo de las aquí estudiadas. Es por eso que las figurillas de barro analizadas hasta el momento son predominantemente del Clásico Tardío.

No se sabe bien si estas terracotas cumplían solamente una función en el culto (de los antepasados) o si también se las hacía por su valor estético; Schele descarta que la función fuera exclusivamente funeraria. Las piezas representan personajes humanos o sobrenaturales, además de animales, con una intención realista que resulta sumamente útil para reconstruir parcelas impor-

tantes de la vida de sus pueblos respectivos.

También el arte monumental (estelas, dinteles y fachadas) contiene figuras similares, y otro tanto puede decirse de las vasijas pintadas, pero las diferencias son igualmente importantes: las figurillas de barro muestran, por ejemplo, una mayor cantidad de personajes femeninos; por otra parte, su tridimensionalidad permite observar los rasgos representados (como la ropa y la cabellera) en todas sus partes. Otras figurillas muestran personajes de distintos estratos sociales, además de sacerdotes y sacerdotisas, jugadores de pelota, enanos (vinculados con el mundo de los muertos), enfermos y hombres disfrazados. El realismo no abarca solamente cuerpos y objetos sino también la expresión de actitudes y sentimientos.

Muchas de estas cerámicas conservan algo de su pintura: blanca, roja y azul. Román Piña Chan, en su Introducción, supone que estos colores eran empleados por su valor simbólico: blanco = norte y muerte, rojo = oriente y vida, y azul = lo divino. El texto de Schele está dividido en capítulos según los temas de las figurillas: mujeres, tejedoras y parteras; hombres mayas; los soldados y la guerra; el juego de pelota; rituales y dramas; enanos y duendes, dioses y seres de la última creación. Concluye con un análisis de «figuras interesantes».

Los comentarios de la autora van hilvanando observaciones profundas y los conocimientos más actualizados sobre la cultura maya. Imposible intentar siquiera resumirlos aquí. Baste con señalar el feliz hecho de que la traducción castellana de la obra ha aparecido casi simultáneamente con el original, en edición igualmente cuidada. Es una lectura imprescindible para todo aquel que se interese por los temas mesoamericanos.

Agustín Seguí

El Evangelio según el Hijo, Norman Mailer, trad. de Damián Alou, Anagrama, Barcelona, 1998, 208 pp.

Si el Hijo tiene algo que contar, es porque no está muy de acuerdo con los evangelistas. Ya ocurrió con Saramago, cuyo *Evangelio según Jesucristo* despertó la hostilidad de ciertos círculos de creyentes (y el entusiasmo de otros), y ahora es el turno de Mailer, con la diferencia de que esta vez, seguramente, no habrá tormenta. Su *evangelio*, en efecto, se mantiene dentro de los límites de lo *razonable* –más allá del hecho, irrelevante para el caso, de que también acuda a fuentes apócrifas–, y salvo alguna reprimenda suave («Muchos cristianos creen que todo se ha ganado para ellos... que ya se ganó todo antes de que ellos nacie-

ran») o alguna observación crítica puntual («Se han erigido muchas iglesias en mi nombre y en el de los apóstoles. La más importante y santa recibe el nombre de Pedro; es un lugar de gran esplendor en Roma. En ningún lugar encontraréis más oro»), el objetivo fundamental que persigue es devolver a Jesús su auténtica faz humana, como hijo de María, que los evangelistas descuidaron en tanto y en cuanto pusieron el énfasis en el Hijo de Dios.

Así, el autor nos presenta a Cristo en distintas ocasiones –o más bien deja que se presente él mismo, puesto que los hechos están narrados en primera persona– como un ser sexualmente deseante, o temeroso (de Dios), o dubitativo, o falto de elocuencia, o inseguro de muchas de las promesas que formula o del resultado de muchos milagros que se propone realizar. Y aunque también lo muestre coqueteando con el Diablo o escuchando alguna que otra invectiva de éste contra Dios, esto hay que cargarlo más bien a esa debilidad humana que Mailer pretende subrayar, antes que a un afán de dar una idea de Jesús sustancialmente distinta de la que transmite el Nuevo Testamento. Todo lo cual el autor de *Los desnudos y los muertos* lo hace muy bien, porque por algo lleva cincuenta años de oficio a las espaldas, aunque si recurrimos a las odiosas comparaciones –no hay nada que hacer, están ahí–, el propio Saramago en

primer lugar, Graves (*Rey Jesús*) o Kazantzakis/Scorsese (*La última tentación de Cristo*), cerramos el libro con cierta decepción.

Desde el punto de vista estricto del retrato, no nos basta, por ejemplo, que Jesús declare: «Por fin tuve el poder de mirar a los ojos de Satanás y decir: "No es a ti a quien quiero, sino a mi Padre". Y nada más decirlo, sentí un breve, pero hondo pesar. Acababa de perder algo que deseaba, y lo había perdido para siempre». Hace falta algo más que declaraciones –por lo demás, muchas de ellas, como ésta, ciertamente conmovedoras–, digamos un combate épico como el que sostiene el Cristo de Saramago con el Pastor. Y desde el punto de vista de la evaluación histórica del cristianismo como factor de acercamiento o de distanciamiento entre los hombres, no basta tampoco con señalar sumariamente –con la omnisciencia del Hijo– cosas tales como que «en el último siglo del segundo milenio hubo holocaustos, conflagraciones y plagas peores que en todos los anteriores». Es necesario, por ejemplo, un diálogo tan tremendo como el protagonizado en el *evangelio* saramaguense por Dios, el Diablo y Jesús, donde se pasa revista a todos los desastres del porvenir, entre ellos la Inquisición, y el Hijo pide a Su Padre que los impida, sin lograr convencerlo.

Al fin, tenemos la impresión de que Mailer (o Jesús) se ha quedado

corto en relación a lo que prometía desde la primera página: rectificar a los evangelistas. Porque las palabras de éstos «fueron escritas muchos años después de mi muerte, y sólo repiten lo que les contaron los ancianos. Y éstos eran realmente muy viejos. La raíz de verdad que hay en tales historias es tan débil como la de esos arbustos que ruedan arrastrados por el viento». Sin embargo, la rectificación es casi siempre de detalle, y más que de rectificar, se trata de dar cuenta de lo que los Evangelios omitieron, fundamentalmente ese Jesús humano que, en las páginas de la novela, llega por ejemplo a desear a María Magdalena, aunque sin que la cosa pase a mayores. Pasó en el *Evangelio según Jesucristo*, pero esta es otra historia.

R. D.

Poetas contemporáneos de España y América, José Olivio Jiménez, Madrid, *Verbum*, 1998, 351 pp.

Además de propiciar en el año 1998 un reencuentro y un intercambio efectivos, en lo literario y espiritual, de España y de nuestra América, este nuevo libro de José Olivio Jiménez nos revela, en un solo volumen, su conocimiento y su clarividente discernimiento crítico sobre la poesía hispánica contem-

poránea de ambas orillas del Atlántico. Estos ensayos críticos, publicados a lo largo de más de treinta años en revistas literarias y volúmenes colectivos —a veces de difícil acceso para el lector de poesías— arman una obra unitaria y plena de sentido global, tanto por la cronología de los poetas españoles abordados (Vicente Aleixandre, Juan Gil-Albert, José Hierro, Carlos Bousoño, José Ángel Valente, Jaime Gil de Biedma, Francisco Brines, Claudio Rodríguez, Eladio Cabañero, Félix Grande, Juan Luis Panero, Marcos Ricardo Barnatán, Antonio Colinas, Jaime Siles y Luis Antonio de Villena) como de los americanos (Vallejo, Borges, Eugenio Florit, Dulce María Loynaz, Humberto Díaz Casanueva, Ángel Gaztelu, Gonzalo Rojas, Gastón Baquero, Jorge Enrique Adoum, Héctor A. Murena, Roberto Fernández Retamar, José Carlos Becerra y Hugo Achúgar). Asimismo, la metodología crítica empleada, tan personal como rigurosa, confiere unidad e hilación histórica al estudio de estas figuras indispensables en la poesía hispánica contemporánea.

Se me hace muy oportuna, salvando las distancias cronológicas, la doble dimensión que advierte Cintio Vitier en la crítica literaria de José Martí, tan estimado por él como por Jiménez: señala Vitier en Martí la presencia de una crítica *estudiada*, que manifestaba un proceso de lectura minuciosa, analítica

y fecunda, y, simultáneamente, el efecto de una crítica *bienhechora*, por cuanto el héroe y escritor cubano daba cuenta oportunamente, sin la abstracción de las formulaciones científicas, de los principios del quehacer poético y de los logros de cada obra abordada (es decir, la valoración, que es tarea esencial del crítico y que muchas veces, por incompetencia o temor, no se ejerce, a cambio de un mero descriptivismo con un empaque de discurso técnico). Y, a propósito de esa crítica bienhechora, apunta Vitier cómo Martí aprovechaba de la poesía su más alto magisterio: la revelación de la condición humana en cada individuo y en cada época histórica.

Esto, de una manera también personalísima y sobre otros autores más cercanos, es lo que viene ejerciendo José Olivio Jiménez en su dilatada carrera, como se evidencia en este libro tan representativo de su honesta y luminosa labor. Sorprende (y no me resisto a subrayarlo en el corto espacio de estas líneas) la sabia consustanciación entre el rigor científico y la profunda resonancia que la poesía de autores tan diversos ha producido en la aguda sensibilidad del crítico y, gracias a él, de sus lectores. Y por haber trabajado sobre tantos autores más o menos coetáneos (muchas veces afines en su cosmovisión y expresión poéticas), sorprende también que, en medio de tantas seme-